

El Manifiesto

De R. González Pacheco y T. Antill.

NUM. 1

Buenos Aires, Octubre P. de 1912

Instituto
de Estudios
Amsterdám

20 CENTAVOS

PERIÓDICO QUINCENAL

Correspondencia:

Montes de Oca 972

La primer página

Como escriben las aves en el aire—á revuelos de elocuencia y golpes de ala, queremos escribir la primer página... Así nos verá el que lea, á veces cerca del sol, agitando las dos manos. Y á veces á ras de abismo, seguidos por u a estela de plumas, la gritería.

Es ley. Lo que en su grandeza rebaza á su propio cuño debe escribirse en el aire; chispas de hogueras de genio que cerca del sol se abatan como alas, ó gestos de fe en la gloria que muerden azul de cielo como un cincel en un mármol.

Es ley. El dolor del Cristo—blanco dolor como de agua, nos viene desde la cruz, en el aire. De Siberia nos vinieron, entre un vendaval de gritos, paradojas como plantas. Y todas las sendas líricas—sendas azules abiertas á flor de cielo—también por ley, es preciso viajarlas á golpes de ala... ¡Entonces nadie se extrañe si sobre esta primer página el viento se arremolina como en las cumbres y tal cual dolor la cruza, seguido por una estela de gestos, la gritería...!

Explicaciones

Á NUESTROS COMPAÑEROS

Los tiempos no son los mismos que cuando regresamos de Ushuaia. Los que sobre todo hemos cambiado somos nosotros... Entonces estábamos nerviosos, febriles, impacientes. La necesidad de acción, de una acción urgente y eficaz, nos aconsejaba sacar un diario, cualquier cosa, pero rápido, en seguida; había dolores que no esperaban; la ley social era entonces nueva y la aplicaban con encarnizamiento, con odio, hasta con exageración; la prensa, por su parte, no tenía ni un recuerdo para ninguna pobre víctima... ¡Nos tenían apretados muchos nobles compañeros! Y con el deseo de desahumarlos, de remover la mole, concebimos y planeamos un diario criollo de combate—*Alberdi*—puesto que todas estas cosas tenían cabida en un diario criollo y no era preciso ser anarquistas, sino argentinos de la vieja pasta, argentinos con vergüenza, para condenarlas y combatirlas. ¡Testigos son los compañeros que no llegamos á sacar *Alberdi*! No encontramos imprenta. Instruidos los imprenteros de cómo la habían gastado—de cómo las gastaban entonces, todavía—con las imprentas, las horδας de la calle y hasta los legisladores que, por la ley social, mandan clausurarlas, haciendo responsables á sus propietarios de los libros ó papeles que salgan del taller; instruidos de todo esto, decimos, los imprenteros no quisieron ni se atrevieron á editarnos el diario. Así pasó

aquel momento, y pasaron también muchas cosas malas, vergonzosas. Inconcientemente dimos pie con nuestra actitud á muchas deserciones. Fundados en que desde cualquier campo podía combatirse el mal, todos aquellos que estaban molestos con la montura, la cambiaron, para luchar con más éxito, dijeron. Y sacaron papeles, que intentaron circular entre nosotros, y votaron ó intentaron que votáramos también, desvirtuando nuestra intención con la más mala fe. Esta es evidente en los que han acabado por enrolarse en un partido, como es evidente su hipocresía...

Y llegamos á hoy, compañeros. Aquella nerviosidad del día siguiente de la catástrofe, aquella necesidad de acudir á salvar lo que se pudiera, cuando todo no estaba irremisiblemente perdido, ha cedido su paso á una gran serenidad. La vida y el porvenir han vuelto á abrirse en plano inmenso ante nosotros. Los que atrás sucumbieron, apretados por la mole, han quedado siendo abonos en el surco. Pueril era desesparar... Todas las catástrofes, aún la muerte misma, no pueden impedir que la vida marche. La ley social y la policía son fantasmas que, como fantasmas, se combaten con una gran salud, con una vida plena empenachada de luz de sol... Cuando estábamos aplastados por montaña—y cuando volvimos de Ushuaia estábamos aplastados por una montaña de enfermedad, de tedio y de angustia—no vislumbrábamos—¡porque no lo vislumbrábamos!—que la salvación estaba en nosotros, en nuestra fe y en nuestra voluntad de ser anarquistas: ¡y andábamos buscándola afuera, en los que pudieran librarnos de la ley social y de la policía, esos dos fantasmas!... Vano empeño, puesto que si matamos la luz de nuestra fe, los fantasmas se presentarán siempre...

Hoy, con EL MANIFIESTO, queremos realumbrar los desvanes oscuros, reoxigenar el ambiente, correr la montaña de angustia, de tedio y de tristeza que pesa sobre nuestros compañeros (tarea en que también está empeñada *La Protesta*) y sobre todo quitarles definitivamente el pretexto á los que con mala fe nos llaman á combatir desde afuera.

Debíamos esta explicación á nuestros compañeros. Y se la damos.

Frutos sanos

Frutos sanos en vez de flores vanas—aristocráticas, representativas, pomposas. La flor que no nutre un fruto es una flor vana. Y las flores de tréfle ó de lis en campo de cinceladura—campo de oro ó de azul—no son flores, son orejones de cincelería.

Orejones de mármol blanco son también los senos de la Venus estatuaría. Y toda fruta labrada ó esculpida es «fruta seca» en su entalladura de mármol ó madera.

Frutos sanos! Y he ahí que se cultiva con más cuidado la flor vana, la flor de pompa, que la mata de trigo.

Y el arte, entendido por la facultad de labrar bloques es lo más vano de todo. Siempre le deberemos á los artistas los sepulcros blanqueados; la vida en estatua ó solamente en mascarilla, con que la humanidad se divierte. No tienen sino «estilos», como la belleza de las mujeres. Y es una miseria no tener sino «estilo», ó femineña elegancia, donde se exige ser fruto y fruto sano por añadidura!

Ni lo que sabe ni lo que se dice vale nada, según Ruskir, sino lo que se hace. Ni lo que se labra ó se esculpe tampoco, agregamos nosotros... ¡No se crean, pues, los que pretenden sacarle el cuerpo á la responsabilidad anarquista con la «obra de arte», ó á las responsabilidades de cualquier género, que con dejarlo dicho nos favorecen! Flores que no nutren fruto son flores vanas. Y dejarlo dicho por hombre! dejarlo hecho es lo único que puede agradecerse entre nosotros. Reclús y Bakounin y Bonafoux, lo dejaron sobre todo hecho. Dejémoslo también nosotros. Optemos por ser frutos, frutos sanos en vez de flores vanas,—aristocráticas, representativas, pomposas.

La sencillez

Hay fines, objetos, motivos de obrar tan sencillos que no pueden aceptarlos las personas de inteligencia complicada. Hacer más bueno al semejante, integrarlo en la posesión de su personalidad, completar ésta—como se completan al calor del sol los frutos en el árbol—y no hacer «sociologías», por ejemplo, les parece á estos señores una obra de tal manera ingenua, y tan mediana, que se dan prisa por volvernos al verdadero camino como á pobres inexpertos.

No bien anunciamos querer una cosa con sencillez—la libertad de un preso injustamente castigado, ó bien la destitución de un mal funcionario que nos oprime ó nos veja, ó bien todavía la derogación de una ley infame y atentatoria—ya tenemos á todos los representantes del saber oficial ó solamente oficializado, ocupados en tender ante nuestros ojos una maraña de nociones estadísticas, doctrinarias, sociológicas, que tienen por objeto hacernos perder la sencillez del primer impulso, embarcarnos en sus complicaciones y perdernos en la enrucijada de cien caminos distintos y que no conducen á ninguna parte... ¡Qué hacer, si nos atenemos á las noticias de esta gente que sabe tanto, ante tantas enrucijadas como nos presentan para ir á realizar el menor acto? ¡Rectificaremos sus noticias sobre cada camino, competiremos con ellos en erudición, abandonándoles á nuestros hermanos que nada saben sino que quieren ser libres? He ahí un objeto que tienta á muchos y por el que muchos se desviven y se pierden... ¡Es tan halagador saber mucho, poseer la ciencia de complicarles hasta las cosas más inocentes á las personas sencillas, como le gustaba á Sócrates!

Además no se funda y se ha fundado siempre superioridad en ello! ¡Ay por eso estamos encadenados todavía! Y lo estaremos mientras no tornemos á querer con sencillez lo que queremos—rectamente, directamente: la libertad del preso, la destitución del mal funcionario, la supresión de la ley, la paz y la fraternidad sobre la tierra.

Tanta sencillez será siempre combatida como pernicioso por los representantes del saber oficial. La línea recta es inconcebible para estos espíritus tortuosos. Y como desde luego confunden inteligencia con complicación, no nos asignan ninguna. Lo que acaso leímos ó estudiamos lo hemos digerido mal. Y no señor; lo hemos digerido completamente!

Una última palabra á nuestros compañeros: ténganse en la sencillez del primer impulso. Estas cuestiones son sobre todo cuestiones de corazón. Cómo habíamos de arrostrar sino estas luchas y estas penas?

La tolerancia

Filosofía es tolerancia. Disculpar y hacer bueno aún lo que es malo y nos perjudica, es propio de los filósofos. Pero esta tolerancia que no se alabará nunca bastante se refiere á los otros: nunca la pedirá el filósofo para sí, mientras es intolerante con los demás, como hace el Estado, porque esto sería contrario á la filosofía... *Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen!* ¿Cuándo se encontraron tan hermosas palabras en boca de la autoridad? Todo el mundo te dice: «Sé tolerante con el que miente». Y esta es toda la tolerancia que conciben. Es decir, se nos pide tolerancia á nosotros y se nos pide de una manera intolerante, por medio de la cárcel y del machete. Nuestra intolerancia, tan propia de nuestra falta de filosofía y de nuestra falta de instrucción—á veces nos faltan del todo las dos cosas—no son ya el «error humano» que disculpa aún los más atroces errores judiciales, (errores sociales, cifras de error atribuibles á las instituciones de que debemos hacer aún tolerancia), sino verdaderos actos subversivos. Y hay que castigarlos. Y nos castigan. Cortan y haban de nuestras ramas como del mal árbol. Nos hacen filósofos, sí, pero á garrotazos...

Ya te lo toleramos todo, autoridad, pero tú: ¿qué nos toleras? La cifra de error de que nos hacéis tolerancia: ¿es la exacta, la equitativa? ¡No y no! Si aún hay error sobrepasando vuestra cifra de tolerancia, es que no conocéis al hombre, la equitativa cifra de error de que es capaz el sér humano; es que vuestras cifras de tolerancia son anticientíficas! Y así, mientras nuestra tolerancia ha de ser infinita—tan infinita que un Giordano Bruno p. e. debe recibir la muerte por no tolerar las opiniones científicas de sus jueces—lo que se nos tolera á nosotros es bien poca cosa... Toda filosofía ha de ser de parte del pueblo, del pueblo que, científicamente considerado, debe ser menos apto para tener filosofía!

Y cuando se chocha con un Giordano Bruno que carece de filosofía para dejar que los mundos rueden y que los doctores conserven su importancia, merced á su hinchada ciencia, se le envía á la hoguera por intolerante y subversivo! La verdad de Giordano Bruno sobrepasando la cifra de tolerancia de la autoridad: le ahí un caso bien ridículo que no abona por cierto á la autoridad.

Siglos hace que se nos predica la tolerancia, en obsequio á la paz y á la armonía. La doctrina angélica de la humildad: « cuando te den una bofetada en la mejilla izquierda, preséntale la derecha » ¿ á quién se predica, de Jesús acá, sino á nosotros? Mientras tanto la cifra de tolerancia de la autoridad es cada vez más estrecha: con la ley social, en la Argentina, puede decirse que no hay una palabra sincera de crítica, un gesto ó un grito popular espontáneo, que no la sobrepase. Con la ley del voto, la sobrepasamos nosotros efectivamente y tenemos que pagar multa como cuando se falta al respeto á una señora en la calle, nada más que por considerar al parlamento muy por abajo del cuarto poder — la prensa — como medio de influir y de tomar participación en la cosa pública.

El Estado tiene que aumentar su cifra de tolerancia si se quiere que reine una armonía relativa. Es á los fariseos — « raza de víboras » — y no á un auditorio de pobres pescadores, que debió recomendar Jesús la tolerancia, porque eran los solos intolerantes. Nosotros, como el propio Jesús, cuando lo somos, somos subversivos. Y nos agarran y nos encierran y no prolifera nuestra especie... Los pueblos son intolerantes muy poco rato: lo verdaderamente eterno intolerante es el Estado!

Tiros á la gorra

Todo lo que es lo es por asimilación de otro; así se integra la bella flor, el bello talento. Decapitados, mutilados, lamentables, muchos filósofos viven en un solo filósofo, muchos libros en un solo libro. Molemos el trigo para hacer harina de pan, retacemos, cortamos... ¡También deslomamos, necesariamente deslomamos, puesto que al moler el trigo desintegramos la espiga para integrar, pueda ser, la pizana de un idiota! Decapitados, mutilados, lamentables, muchos bueyes y muchos carneros viven en un solo hombre; todo un trigal se mece y balancea en la entraña adorable de una rubia mujer que así ondula las ancas, la lagartona, como caña batida por el viento...

Todo lo que es lo es por asimilación de otro; pero al entrar á integrar la bella flor, el bello talento, ya ha sido roto, molido. Y el trigo molido ya no es trigo sino harina de otro costal. Así no son trigo ya, sino « hostias consagradas », las afirmaciones del lugar común. Los tiros de los retóricos son tiros á la gorra como los de Tartarin...

En todas partes repitese lo de la Tarasca jovial: cuando la caza ha sido corrida de un monte por los cazadores y no queda á qué tirar, heroicamente desdoblándose éstos en tiradores de gorra. Así, de cazadores que quizá un tiempo fueron, los radicales hacen hoy puntería en la boina blanca y los patriotas de la camada de Rolán y de don Ricardo Rojas, en ese otro gorro, bastante maltratado ya por varias generaciones de tiradores: el gorro frío.

Los lectores dirán lo que les aprovechan estos tiros á la gorra.

Los jueces

Las tablas de la ley son como las tablas de la gramática: tablas de prefijos, de cuyas, esculpidas en mármol ó piedra como las tablas de Moisés, no ha de salir sino el prefijo, su razón — una razón — de tiempo ó modo de verbo, como en Valbuena, ó de artículo ó inciso de la ley, como en los jueces que no son el Presidente Magnaud. Interrogad á un juez y su respuesta no será mayormente ilustrativa: como un taxímetro ó un marcador, su manecilla os señalará un número de subdivisión — el artículo ó el inciso — que será el correspondiente á lo que deseáis saber dentro de su tabla de prefijos: la Ley. Con ella responderá á vuestras interrogaciones como una balanza á kilos ó á libras. Y así, cuando para vuestra ilustración, lo que pedís son informes del « documento humano », tan precioso, la gramática os responderá de su sínótesis. los jueces de su situación dentro de la ley, las balanzas de su peso; tendréis su volumen intensivo y extenso dentro de todos los prefijos — la gramática y la ley y la balanza — pero lo que más os interesa, la humanidad, la esencia, continuará siendo impenetrable. Cuando la encuesta se dirige por este lado es perdido el documento humano. Y no hay que decir si es inapreciable pérdida, cuando en muchos casos el historiador se ve obligado á reconstruirlos para poder escribir la historia política de la humanidad, que es la historia de la religión, de la ciencia y del derecho. Si de Cristo y de Sócrates no tuviéramos otra noticia que la que nos dan sus jueces; ¡calculad la enorme pérdida! Y cuántos no son los que, malogrados por los jueces, son hoy útiles documentos por haberlos conservado una amante enamorada ó un discípulo piadoso!

El mal es el prefijo; la Ley que releva de la obligación de la biografía como un taxímetro de la descripción de los caminos. Si Boswell hubiera sido juez en vez de biógrafo del doctor Johnson, se hubiera relevado del trabajo de seguirlo, anotar diariamente sus palabras y escribir por fin su hermoso libro.

Ahora bien: si el crimen ha podido ser considerado como una de las bellas artes, con mayor razón debía serlo la justicia. La justicia bella arte; ¡qué gran paso sería! El juez nato para el criminal nato; la biografía y la silueta como elemento único para sentar tesis; cada sentencia una obra maestra conteniendo una ficha humana; la crítica ejerciendo su saludable influencia; la opinión como única ley de los tiempos; los jueces que una vez silbados perderían su clientela y los que habiendo alcanzado un justo renombre que, por el contrario, la aumentarían... Oh! sería un gran paso! ¿Y por qué no hemos de esperar, nosotros, que hemos visto caer envuelto en su insignificancia al antiguo Censor para ser substituído por ese personaje eminente que es el « maestro » de la crítica moderna? ¿No hemos visto, acaso, elevarse la crítica á bella arte y ser tanto ó más respetados sus fallos que los de los verdaderos jueces?

(Recorte)

Suele suceder que un niño servil de padres bárbaros se acompaña de otros niños liberales, de quienes toma despejo. Vuelve á su casa y dice á sus padres: ustedes me han de dar esto y no deben hacerme esto. Los padres dicen entonces: he aquí la consecuencia de las compañías; ellas han perdido este niño. Las « compañías », señor, las « compañías », pierden los niños.

Una criada estúpida se acompaña de una criada racional, de quien aprende sus derechos. Vuelve á su ama y le dice: usted me ha de dar esto, usted no me ha de hacer esto. La ama dice entonces: ahí está lo que hacen las « compañías; ya está perdida esta criada. Las « compañías », señor, las « compañías », pierden los criados.

Los hijos de los pueblos esclavos se acompañan de los hijos de los pueblos libres y aprenden á conocer sus derechos. Se vuelven al déspota y le dicen: tú me has de dar esto, tú no me has de hacer aquello. Entonces el déspota dice: he aquí en lo que paran las « compañías », señor, las « compañías », pierden los pueblos.

Niños, acompañaos de otros niños. Esclavos, acompañaos de otros esclavos. Pueblos, acompañaos de otros pueblos. Y todos seréis libres á la vez. Las « compañías », señor, las « compañías », son la libertad. Todo encierro es funesto: del aislamiento vive el despotismo.

J. B. Alberdi.

Literatura futurista

Según y tal cual van las cosas, ya tenemos, aquí también, futurismo. Únicamente que nuestro futurismo es de media lengua, deslabilizado, tartamudo; un futurismo apenas para no pasar por sonzo, como diría el otro... No tiene ni ética ni estética; tiene, en cambio, unas tartamudeces polaco-criollas ó criollo-po-acas, que si no son gracias, ni pintorezas siquiera, son de lo más futurista. Remedo y calcamonia — mal remedo desde luego y calcamonia detestable — este criollismo futurista, que no quiere cantar « la máquina, la guerra, el gesto destructor de los anarquistas, las olas embravecidas como cuchillería diabólica ó la luna llena como violento globo de luz eléctrica », canta al « apache » y al malevo, que es cuanto, en punto á futurismo, tenemos que ofrecer. Mejor es que les dé por ahí y no por romperse la ropa... Sólo que esta literatura snob, ó si se prefiere futurista, es truhanería pura, mero y simple deseo de « épatar », como por ejemplo con el tango, que siendo del origen y la filiación de los cancanes — un baile de negros; ahora, una danza de « apaches », como todos los bailes de negros — quieren que pase por baile nacional, lo que no es de extrañarnos mucho pues, casi casi, pretenden que el malevo es un tipo nacional también... ¡Música! Los bailes nacionales, como ha dicho muy bien Lugones, las « huellas » y los « cielos », son tan espirituales que ni siquiera la mujer se toca. Eso de « meter la pierna » es ya futurismo...

¡Qué se le va á hacer también! Se hace lo que se puede... Para un futurista lo principal es arrevesarlo todo. Y que la gente, muy asombrada, muy « épatada », diga: « pero dónde se habrá criado ese tipo », es ya todo un éxito. Calcúlese el éxito, si en París ó en otra parte, logran hacer creer que aquí se bailan tangos hasta en la calle y que hasta la gente más culta es medio malevo ó medio lunfarda! Pues, hasta este éxito lo tenemos... Anda por ahí cada tipo, color de ala de mosca en invierno, que diría Bonafoux, que es el engendro terrible de este ambiente!

En fin, que triunfa el futurismo, que ya tenemos hasta un diario de « apaches », que no son « apaches », sino unos cuantos orientales expatriados que se

ganan la vida como pueden, diciendo « botijos » por « pibe » é introduciendo otros vocablos por el estilo, que aquí resultan barbarismos, en lengua lunfarda; que todos tratamos de engañarnos, creyéndonos peores, más « apaches », más metedores de pierna, de lo que en realidad somos.

Cuento de lobos

Martínez Sierra es un literato pulcro y cursilón que á mi me revienta. Se extasia como una mujer ante los complicados labores de aguja de una vieja reina que, como Penélope, teje sus sueños; le encantan las campanitas de Brujas, y para describir un panorama de nieve que exulta en Holanda con luz de Rembrandt, no tiene otra frasecita que ésta: « hace un frío de cuento de lobos... »

Los cuentos de lobos que habry oído Martínez Sierra han de ser cuentos de lobos sabios. ¡Cuento de lobos, « La cabra blanca del señor Seguin », la cabra que tira al monte! ¿Adónde tira Martínez Sierra? No al monte donde están los lobos: á las viejas sacerdotas, á los viejos devocionarios miniados por un monje iluminador, á las labores de aguja de las viejas reinas ociosas, á las campanitas, « campanitas de Brujas! » De dónde su frío de cuento de lobos es un frío de lobos disecados, una verdadera inoventada...

Frío de cuento de lobos el que cruza por el alma aterida de Pedro Gringoire, poeta en París, y la cabrita blanca del señor Seguin... ¡Ah, por que ambos tiran al monte y saben que irán al monte! Historia de lobos es ésta del hombre lobo del hombre. Es aquí, en la conmovedora historia, siempre la misma, de proletarios que mueren sin pan y poetas que mueren sin corona y no en la nieve deslumbradora de un paisaje de Holanda, ni aún de Ushuaia, que reina un frío de cuento de lobos...

Sociología

Si queremos ser sabios no generalicemos. Es un error comprender en una generalización cualquiera, cosa tan personal y propia como las necesidades de cada uno, por ejemplo. Cuando nos dicen: « á la clase obrera le falta esto ó estotro, pan ó diputados », se incurre en una generalización, que bien pudiera no ser la expresión de las necesidades de cada uno, aunque ajuste á la sociología. Cuando nos dicen esto, además, quérese que á la clase obrera le falte esto y no otra cosa. La sociología es imperativa al respecto. Ni todos los que ésta dice, sin embargo, necesitan pan, y menos diputados, ni todos los que lo obtienen lo comen. Hay quien lo acumula, ahorrándolo sobre su hambre; hay quien lo dá, como su leche la madre flaca al hijito malpocado; y hay quien lo roba y pone su rapaña al amparo del gendarme que, si existe, es, casualmente, porque otros sociólogos, de la misma manera, dijeron: « esto le falta á la sociedad ». La sociología inventó la sociedad, como ahora las clases, para poder decir: « necesitan gendarme ó diputados; désele ello y quede todo el mundo conforme puesto que sus necesidades son satisfechas ». No es paradoja, es sociología...

El mal viene de muy lejos, por desgracia. Hace muchos siglos que una ciencia superficial y vanidosa elabora su razón sólo de generalizaciones. Inventa la so-

ciudad, cuerpo sin conciencia ó á lo más de puro instinto, para inventar á su vez las clases é inventarnos ciertas necesidades que algunas resultan jocosas. ¿No ha inventado el sufragio y fundada en que es una necesidad más que nos satisfacen, no preconiza el voto obligatorio? Preconiza también el arbitraje y el seguro obligatorio: se ocupa de nosotros más de lo que merecemos, pero para satisfacer necesidades inventadas, mientras que ni quiere oír hablar de las verdaderas. Y no hay que olvidar que cuando dice uno que lo entiende: « á la clase obrera le falta esto ó estoto », detrás de él está la ciencia que « quiere » que le falte esto y no otra cosa. ¿Por qué no nos hacemos también sociólogos? Por una razón, si se quiere, sentimental. Por no generalizar, porque generalizando ninguna necesidad tendremos ya de detenernos sobre cada novela ó cada drama; nos bastará con decir, como el doctor Justo en el Congreso: « esto y aquello le falta á la sociedad y esto y aquello á la clase obrera », prescindiendo de lo que pueda haber de trágico ó de dramático en comprender en la primera determinación—en la necesidad del gendarme, por ejemplo—al perseguido, y en la segunda, en la necesidad del diputado, á aquel que ha elevado la dignidad humana al punto de juzgar, la delegación una pérdida y el voto una renuncia...

Insistimos en que es trágico hacer sociología.

Calumnia histórica

Cuando Thiers se dió vuelta á Napoleón, participó de las ideas imperialista de éste; de manera que por verídico que quisiera ser como historiador, sus ideas hablan de resentirse del desprecio del pueblo, que no se cuida apenas de disimular, como el propio Napoleón, cuando afirmaba que con una compañía de buenos soldados y un buen escarminio, él acababa todo eso... El desprecio del pueblo como entidad—del pueblo que está inermes y que, como muchedumbre, pasa fácilmente de la extrema electrificación al extremo terror—forma la médula del pensamiento de todo gobierno que dispone de fuerza. Aquella entidad que puede aceptarse nominalmente, es despreciable, porque carece de fuerza, cuando quiere entrar á deliberar, á mandar, á imponer. ¿Qué general ó qué sargento, de los que sacan el pecho, ponen los codos á la altura de las manos y se atusan el mostacho, para poner, lo más posible, *faccia bruta* al enemigo, con sólo diez hombres no disolvería hasta una reunión de hombres de ciencia? Puede, entonces, despreciarla; puede, entonces, como ha hecho Thiers, hablar despectivamente de aquella muchedumbre... Pero ¿es esto que la muchedumbre sea cobarde y los militares valientes? ¿Es esto que deba hacer un credo del valor militar? De ningún modo. Al fin y al cabo, hasta cuando tienen que habérselas con un enemigo inofensivo, no son tan locos que, lo primero, no se coloquen estratégicamente. Y cuando, por casualidad, se encuentran en las condiciones de una muchedumbre frente á un enemigo incontrastable, pelean y son héroes cuando no hay más remedio. La muchedumbre también pelea cuando no hay más remedio. Y si nos acordamos de ella; qué diremos de los militares, á veces grandes masas de ejército, que capitulan y se entregan? No, señores Thiers, el pueblo no es despreciable porque sea débil.

Ettor y Giovannitti

Otras dos víctimas como las de Chicago, y otro canto de cisne, como el del hermano Spiés: « ¡Salud, oh, tiempos! Allá en América, en Lawrence y entre los tejedores... ¡Dos vidas jóvenes, de gran fuerza gregaria, dos poderosas vidas de hombre, éstas de Ettor y Giovannitti! En poco tiempo habían logrado congregarse bajo un nuevo sol de justicia más de 30 mil obreros, pertenecientes á 27 nacionalidades distintas y que gritaban ¡viva la anarquía! en 43 dialectos diferentes. En poco tiempo también estos 30 mil soldados nuevos, hicieron huelga y triunfaron. En desquite, la burguesía de Lawrence, lo mismo que la de Chicago en 1884, hace ahorcar á Ettor y Giovannitti. ¿Motivos? Los de siempre: un mitin convocado por ellos y en el que cargó la policía matan ó dos huelguistas, un hombre y una mujer. Complicación de Ettor y Giovannitti en estas dos muertes por haber convocado el acto y haber puesto en movimiento á los trabajadores... ¡Morián. Los ahorcarán de seguro! Mientras tanto ahí ya el canto de cisne, el himno del gregario inmortal. Lo gregario allí en Lawrence, como en todo el mundo, es nuestro ideal de la justicia nueva.

SALMO

**Uomini della greggia e de la glebe,
—Uomini della mina e della mite—
opra del maglio, insonne e bruna plebe
—sacra a le glorie ignare—del pane
dell'industria—Udite, udite,—Uomini
di qua e di là dal mare!**

**Noi siamo eterni. A noi, novelli
Antei—forza e vigor la terra madre
ottiene—non morrá de i plebei—la fiera
razza nata a le fatiche—Noi siamo
eterni—ne le nostre vene—ferrové le
linfe delle querce antiche.**

**Noi non morremo mai. Noi risorgiamo—
a dieci, a cento quando un solo
cade—noi che il fiato del solco aspro
assorbiamo—e il respiro profondo—de
le montagne, e l'acqua e le rugiade,
—noi riempire del nostro grido il
mondo.**

**Ma tu morirai nei tuoi lunghi ozi
osceni,—stracca genia di Cresco ebbra
ed esangue,—lombi senza vigor, fiac-
cidi seni—che mai doró il vermiglio—
sole dei campi, labbra di sangue—
il cui bacío non é che uno sbadiglio.**

**Tu morirai. Invan cerchi a le droghe
—lo stimolo—non v'ha progenie d'uomo
—ne le tue stanche ed impotenti foglie
—non v'ha vigor né germe—nel tuo
petto ammolito come il pomo—frollo
pel lento lavorio del verme.**

Arturo Giovannitti.

(Recorte)

El ensayo de la República ha fracasado en todas partes y está ella condenada á muerte, porque es mentira que sea el régimen de la igualdad. Es el régimen del capitalismo, y mientras el Estado sea el instrumento subordinador de una clase que manda y explota; mientras deje en pie ó defienda el privilegio de las minorías dominadoras, las mayorías proscriptas ¿qué pueden esperar del Estado?

Legisladores, mercaderes, burocratas, profesionales del periodismo, hombres de título universitario, prelados y militares, más los lacayos de todas las gradaciones que son verdaderos desheredados pero que llevan fielmente la librea de sus amos, he ahí la legión monstruosa de parásitos y de inútiles que constituyen el Estado.

¿Serán ellos los reformadores del mundo? ¿De ellos dependerá la marcha del progreso y la transformación de la sociedad humana? ¿A ellos les tocará crear la justicia? ¿Serán, en suma, los felices, los hartos, los bienaventurados, los que harán la Revolución, ó seremos nosotros, los miserables, los parias, los descontentos, los hijos del dolor y de la pobreza?

Al proletariado mundial le toca coronar gloriosamente el actual ciclo histórico, creando con la revolución económica la justicia social sobre la tierra.

Julio R. Barcos.

“Ama!”

Cuéntase de un joven muy rico que daba las más espléndidas fiestas en obsequio de sus amigos, para divertirlos y agradecerles, que estaba caviloso y triste por la ingratitud que todos le demostraban al no frecuentar su trato ni devolverle su amistad, sino por los convites ó las fiestas que les daba. Pesoso, y no sabiendo ya que fiestas inventar para retener á su lado á los ingratos, fuése á Salomón y preguntó qué era necesario hacer para que sus amigos le amaran, ya que obsequiándolos tan regiamente, su ingratitud era notoria. « Ama! », le contestó Salomón. Y así fué: los amó —tales como eran, tales como debían ser— y entonces ellos lo amaron también á él...

Se nos imagina que el cuento viene como al pelo para muchos que, á pesar, dicen, de haber hecho todo lo posible para obsequiar y ser agradables al obrero, se quejan de que éste, con toda ingratitud, los pospone ó los olvida. ¡Amen! como amamos nosotros, y entonces los amará también el obrero! Palabra que es así!...

Compadreo libre

Llamamos compadre al tipo que hace gala de matonismo. Y de éstos distinguimos dos especies: el compadrito, que es producto ciudadano, como se ve por su atildamiento, cosmopolita de fécula; y el compadrón, que es de estirpe feudal ó caciquista.

El compadre es matón, lo mismo para hablar que para vestirse. Sólo que—y esto explica su gradación diferente—en las clases ricas y patricias disfruta de compadreo libre, mientras en las clases más modestas lo tiene á mal traer la policía. ¡Todo es cuestión que tenga, aquel también, un copo que lo baje como breva ó lo deje con la trompa como para silbar burros, para que ambos sean iguales!

Para nosotros que aquellos fiodalagos de la antigua España eran de lo más granadito en materia de compadres... De ahí por lo menos nos viene el cuño... Y lo hemos perpetuado en la clase dirigente, no sólo por que era la heredera directa, sino por que ofrecía y ofrece las condiciones más favorables para hacer del compadre hasta una figura representativa. ¡Tenemos un compadraje culto y patriótico que, á crecerles, sería algo así como el grano ó el fruto! ¡Qué indice! ¡Qué síntesis! Hay quien pronuncia su nombre como quien revienta tiros. Y no por desorejado que sea un tipo, ó por burro, si es gobierno, deja de dar curso á su fantasía... ¡Compadreo libre! ¡En la Argentina!

Nuestra palabra

Hoy se nos ocurre mirar para atrás. ¿Cuánto grano que nosotros creíamos óptimo no se nos ha podido en la espiga! De casi todos aquellos de quienes al principio esperábamos algo, precisamente los que amábamos más, sólo noticias de que se han emputecido... Hoy uno, mañana otro, la espiga ha quedado por todas partes mostrando el marío. ¡Qué fuga! ¡Qué deserción! Algunos no han parado hasta Europa. ¿Qué hemos de decir ante ésto?... Pues, que permanecemos firmes, que el triunfo no era todavía de esta generación, que no pensamos nunca recoger las brevas inmediatamente de plantar la planta, y que como buenos agricultores, de mil granos descontentados muchos podridos, enfermos, vacíos...

No se obtiene una forma nueva, una nueva excelencia en la carne ó en los jugos de un fruto, en una generación. Y para que la variedad se salve y se fije—Darwin lo ha dicho—basta que ella abarque grandes extensiones y numerosos individuos. Nuestro proselitismo, pues, se funda en una razón científica: abarcando grandes extensiones y numerosos individuos, tenemos ya el éxito de la forma definitivamente asegurado. Por eso que nos preocupa bien poco que algunos brotes se pudran y que las formas no sean aún, en esta generación, tan excelentes como debían ser. El período es de transición. Y con que haya sólo alguno que se acerque ya á la forma definitiva, no hay razón para dudar del triunfo.

He ahí nuestra palabra.

Ex-hombres

Ocurre con frecuencia que, cuando estamos en boya, con nuestra isla de camarote y de ensueño, vienen á nosotros, como en una creciente, alifanias de toda especie (*animatas*) que transforman nuestra isla verde—de camarote y de ensueño—en un recinto poblado en que, toda la noche, se oye rugir á las fieras... Arrancadas á la tierra firme, embarcadas en este islote flotante de troncos y de ramas, rugen las fieras nostálgicas de su selva y esperan, nada más, que el islote embarranque, para huir á toda prisa, dando alaridos, afirmando que el islote no marcha, que ningún islote marcha, porque éste, momentáneamente, ha embarrancado. Su aventura, á la que podíamos decir que se lanzan por diletantismo sino fuera porque á veces el islote se ha puesto en marcha cuando ellos quieren bajar, se reduce á un viaje corto, hasta la primera estación, como de aquí á Palermo, ponemos por caso. Es un viajecito de nada, pero se acuerdan de él toda la vida, como Basterra, porque ¡más han hecho otro. « Cuando yo era anarquista », dice éste...

La infamia, ó mejor dicho, la tristeza de su condición presente, les hace invocar, á cada paso, su condición pasada. « Este polvo fué un tiempo un hombre », parece que quieren decir. Pero lo que dicen positivamente, como los ex-hombres de Gorki, es que siempre no fueron así, que también un tiempo fueron Caballeros del Ideal—esto es, estimables para los otros y para sí mismos—; pero que vinieron los treinta años, y v no a cobardía, que es tan cobarde, á golpear á sus pechos, y vino el nihilismo que es tan liberador... E insisten particularmente sobre éste, como Basterra, porque sería un medio de recobrar su estimación—ya se ve, no son nihilistas del

todo: aún se estiman y hacen lo posible por seguirse estimando — que el excepcionalismo fuera general, porque, siéndolo, y no particular del sujeto *Jodido* (usamos el término gráfico), nihilismo equivaldría a filosofía, y ser nihilista sería ser filósofo y hasta un valiente filósofo, con lo que Basterra y los ex-hombres gozarían...

Desengañémonos de la valentía espiritual de estos ex-hombres. Proselitistas a su modo, anhelarían que nos miráramos en ellos como espejo. Pero como hombres, y hombres caídos, son tan diferentes de nosotros! Además, y esta es la verdad, son unos desconsolados, que si tratan de que los sigamos es para que vamos a llorar con ellos.

Amigo Basterra (amigo de andar jodiendo): ¿por qué no sacude el polvo de sus sandalias de una vez y se deja de ser eso que parece que le gusta tanto: un ex-Caballero del Ideal, para ser cualquier cosa de Figueroa ó de Sáenz Peña? ¿O quiere desquitarse con nosotros de sus fracasos también con ellos? ¿De eso si que no tenemos la culpa! Si no ha triunfado es porque no se ha impuesto. ¿Por qué no va a imponerse allí, donde quizá le sería fácil, que viene a imponerse aquí, donde tal vez no le escuchamos, y, seguramente, no le entenderemos?...

Maturana, hombre ilustre

Aquí no se comprenden ciertas cosas: a Maturana, por ejemplo... Poeta, fué siempre un versero. Periodista, anduvo siempre en las redacciones como perro en cancha de bochas. Autor, se copió «El Rento» de Vicente Medina. Anarquista, se casó por la iglesia. Fracasado, insignificante y plagiarlo, con el delito de una copia sinvergüenza en el alma y por todo haber el haber de una pobretera labor, ya le pronosticábamos nosotros en 1909, cuando quería entrar en *La Protesta*, que si por milagro resucitaba Bakounin y lo encontraba aunque fuera recojiendo papeles del suelo en el diario anarquista, le daba una pateadura. Entonces no nos quisieron creer. Y Maturana, en vez de ir a *La Protesta*, donde hubiera andado como perro en cancha de bochas entre esa gente anarquista que tiene una conciencia tan eterna de lo que habla ó dice, se fué a la Aduana, donde lo hicieron *vista*, que es como hacerlo a uno que mire quien viene... ¡Salíó de la Aduana también! Allí también anduvo como perro en cancha de bochas, a las cuerpeadas y a los saltos. ¡No le venía bien la montura! E incomprendido siempre — incomprendido como botella que le hacen tragar el tapón por no descorcharla y porque del líquido que contiene no se hace juicio — anduvo como pistola vieja, ya tiro y ya no tiro, hasta que le empujaron por fin la de él y se fué a España, con el corcho adentro — que se lo metieron de órdago los frailes — y con lo que le quedó del vinillo flojo (que le quedó porque no rolaba) para verterlo desde allí a *La Nación* y a *Caras y Caretas*, que necesitaditas estarán...

¡En España lo han comprendido recién! A la vista tenemos un ejemplar de *Nuevo Mundo* en que, al pie de su retrato, le dice sin duda el portero: «ilustre periodista argentino que estuvo a visitarnos». Y *Nuevo Mundo* debe conocer bastante de personalidades ilustres cuando hasta en Valencia, y en batallas de flores, las encuentra por brazadas!

«... damos las más expresivas gracias al dignísimo gobernador civil de aquella

provincia, Don Luis López García; al no menos digno alcalde de la ciudad, Don Fernando Ibáñez Payés; a Don Manuel Paredes, presidente de la Comisión de la Batalla de Flores; a los demás señores del jurado de dicho festejo, compuesto de los Sres. Pinazo, el laureado artista, Alzaga, Villalba, Sigüenza, Camilleri y Roldán; al populárisimo presidente de la Diputación Provincial, Don Juan Izquierdo; al director del Hospital, Sr. Dauden; y al de la Casa de Beneficencia, Don José Albiñana; al ilustre presidente de la Asociación de la Prensa Valenciana, Don José Clemente Lamuela; a Don Julio Cebrián Mezquita y Don José Renan, notables artistas...

«... hemos de dar las gracias de todo corazón a la Junta Directiva del Ateneo Mercantil, en las personas de su presidente Don Ricardo Serrano Chassaing, Don Bernardo Prieto, como tesorero de la misma y como presidente de la Comisión de Hacienda del Ayuntamiento, Don José Bágüena y Don Rafael Senabre...»

«... Seguramente por olvido habremos incurrido en omisiones involuntarias. Por ellas pedimos perdón».

De cualquier manera, aunque para *Nuevo Mundo* este Maturana sea uno de los tantos ilustres de munición que le llegan todos los días, aquí no ha dejado de tener su efecto la cosa, entre cierto elemento también de munición. Y un diario de la tarde, refiriéndose a él quizá termina así un suelto:

«La misión de Posada, Altamira y Benavente, fué fecunda en nuestro país; otro tanto puede decirse del viaje por España de varios de nuestros intelectuales, que a su paso por el viejo solar castellano, dejaron una viva impresión de cariño y un recuerdo imborrable de simpatía».

Lo dicho: aquí no se comprenden ciertas cosas; a Maturana, por ejemplo. Poeta, fué siempre un versero. Periodista, anduvo siempre en las redacciones como perro en cancha de bochas. Autor, se copió «El Rento». Anarquista, se casó por la iglesia...

Los "tenebrosos"

El sábado 28 del mes pasado fueron fletados a sus países de origen unos treinta *tenebrosos*. Y según dicen los diarios, nuevas remesas están ya con un pie en la planchada. Y esto se hace de acuerdo con esa ley votada contra nosotros, la ley social. Está bueno...

Desde el Brasil, hace días, telegrafaba a su diario (qué un corresponsal latino: hoy fué expulsado un grupo de *tenebrosos*, anarquistas y ladrones). Más y más bueno.

Según la creencia que rueda en las redacciones, somos pues tan *tenebrosos* como los *caftens*. Sin embargo nosotros no les compramos sus silencios a los diarios. Ni pagamos para que prevaiquen los jueces. Y menos tenemos casas, santas ó non, como algunos periodistas. No obstante — qué raro! — para ellos, nosotros y los *makroff* somos iguales. Y para la ley social, ya se vé: le los deportan...

Palabra, si no estuviéramos en el secreto, ésto de que nos comparen con esa gente, que no se parece a nadie sino a ella misma, nos entristecería. Al fin y al cabo, caramba!...

Pero es que estamos en el secreto, secreto a gritos como el de Polichinela.

Hace un mes, ó más, que las mujercitas públicas — las pobrecitas! — se declararon en huelga. Decían que las explotaban — de fijo que las explotan — las

dueñas y la asistencia y la policía. Los *makroff*, que son sus hombres, diz que las organizaron. Y organizadas, fué aquello uno a modo de *lock-out* con vistas épicas. Calculen: la industria se resentía, y el Capital y el Estado.

Y hubo medidas de fuerza y prisión é injuria policial contra las pobres. Y contra los *makroff*, sus hombres, eso de que hablan los diarios, ahora, deportaciones.

¿Será por eso, que los *tenebrosos* se nos igualan: por lo que organizan, levantan contra sus explotadores — las dueñas y la asistencia y la policía — a esas pobrecitas esclavas blancas?... Si es por eso, está bueno. Y si no es... ¡no sean pavos!

Rectificaciones

Vivimos de rectificaciones. Como el Linck de la «Comedia del Amor» de Ibsen, muchos son los que han rectificado un anterior deseo de apostolado por un destino en un liceo de señoritas. Sin embargo, como rectificación, ninguna tan notable como la de aquel mancebo que, cuenta la anécdota, arrastró una noche su tonel junto al de Diógenes. ¡Por fin tengo un imitador! ¡dicese que exclamó el filósofo. Y lleno de curiosidad por el extraño discípulo, fué hasta él y le saludó. «Maestro, le dijo éste saliendo por la boca del tonel, vengo a aprender tu filosofía y a llevar tu vida por algunos años». «Con regocijo te acepto — ¡oh tú mi primer discípulo! — le contestó Diógenes, — pero antes has de ver si tienes vocación para ello. Y ya que habitarás un tonel y mi filosofía te enseñará el desprecio a las riquezas, empieza por entregarme la fortuna que has dejado en la ciudad, en buenas manos, que yo la distribuiré a quien me plazca». Excusado es decir que no la entregó y que hombre y tonel habían desaparecido a la mañana siguiente.

Vivimos de rectificaciones. Y la rectificación de aquel monje Teótimo que después de haber permanecido veinte años en una roca desnuda, procurando domar su orgullo, y que cuando ya lo creía conseguido, al bajar a la ciudad y encontrarse con una tierna florecita, el primer sér con que topaba, tuvo un acceso tal de loca soberbia, que la pateó, diciendo: «¡tú no has sido capaz como yo, de esta acción heroica de veinte años!», no pasa de ser un episodio vulgar de nuestra vida. Pero estas rectificaciones se refieren a la vocación. Y no es la vocación precisamente lo que rectifica el Linck de la «Comedia del Amor» de Ibsen, sino la aplicación de esta vocación a un objeto «práctico». «Hágase pastor, es un buen destino», le decían a Linck los que conocían su deseo de apostolado. Y él se hizo profesor de un liceo de señoritas. ¡Bravo! Con una leve rectificación de lo que había de «irrealizable y de utópico» (palabras de Alejandro Maino en una conferencia) en su vocación anterior, pudo cumplir todavía un apostolado. Pero ¡qué apostolado! El mismo que durante toda la pieza ha estado cumpliendo el pastor Stramaand, que aunque en su juventud fué héroe de una aventura romántica, hizo el amor en verso y alimentó, como Linck, hermosos sueños de libertad, no cesa de aconsejar, y a los jóvenes sobre todo, que busquen un destino, fundamenten un hogar y ahuyenten como utopías perjudiciales los lirismos.

Este es el apostolado reservado a Pedro y Alejandro Maino, que rectificando lo que, para ellos, había de irrealizable y de utópico en las ideas anarquistas, se han hecho, ahora, radicales. ¡salud,

rectificados! Lástima que se equivoquen, como Linck y como todos, porque ser pastor no es ser apóstol sino ocupar un destino...

(Recorte)

El escritor contempla aquella *coleccion* de su periódico, que nadie guardará sino él. ¿Para qué? Cuando escribí este artículo, se dice, se me murió aquel niño tan rosado y tan tierno. Cuando hice esta revista me despedí de mi mejor amigo para siempre. El día que compuse estos versos gustaron mucho a mis chiquines. ¡Qué triunfo! Hasta su madre sonreía al decirme: ¡Qué cosas tienes!

Y ahora... nada. Un recuerdo que pasa; una ilusión que se evapora. Dejemos esos libros grandes, indigestos, que nos hablan de cosas pasadas: del triunfo que alcanzamos, de la persecución que sufrimos. Nadie de ellos se acordará. En ellos hemos puesto una parte de nuestra inteligencia, un trozo de nuestro corazón. Son nuestros hijos. Dejémosle en aquel rinconcito de nuestro gabinete de trabajo. Allí envejecerán con nosotros y algún día, con la mirada de la fiebre, les veremos empolvados y mudos y pensaremos: También yo amé, luché y sufrí por la verdad. Puede venir la muerte cuando quiera.

Antonio Zozaya.

Marxismo

Los determinismos económicos, tan tiranos para los que se refieren a la condición de *determinados* y no quieren salirse de ellos, ni por vía de reacción contra la fatalidad que los abruma, obligan a sus cultores a tenerlos en cuenta como tal factor determinante de la evolución; a no salirse de ellos, en la justa expresión de su valor local, para dictaminar la razón de ser, ó negarla, de las ideas socialistas en cada pueblo. Esta es una obligación de consecuencia marxista: ó se cree en los determinismos, y entonces ha de tenerse en cuenta su valor local, ó no se cree en ellos.

No es en número falsos ni exactos, que ha de buscarse la razón de ser de las cosas que son ó no son por lógica de existencia. La cuestión es si, de admitir como una verdad irrefutable el determinismo económico, lógicamente podría arribarse a otro socialismo que el económico, el marxismo en una palabra. Y se arriba, porque otros determinismos entre ellos el más importante el determinismo intelectual, precipitan la evolución.

Por razón de determinismo económico aquí no podríamos ser ni aún socialistas (el estado actual del latifundio es buena prueba de ello); por determinismo intelectual como anarquistas. La razón de ser de las ideas socialistas ó anarquistas en cada pueblo, la determinan las ideas mismas, que permiten que en cada pueblo se tenga un concepto nuevo de la justicia. Esto economiza los siglos que habían de perderse si los hombres de todos los pueblos no quisieran obrar sino de acuerdo con lo que les dictamina el valor local. La idea de una nueva justicia distributiva tiene razón de ser en todas partes.

Y es de esta idea que han nacido y nacerán todas las determinaciones a obrar hasta en países en que por su estado de atraso, como en China, parecieran anacrónicas...

Difundid este periódico. -- --

La Revolución Comunista de México

Conocíamos mal el movimiento revolucionario de México. La prensa burguesa, queremos creer que por miopía, nos ha hablado siempre de un pronunciamiento, de un cuartelazo, ni más ni menos que como el que exaltó a Madero al poder. Para la prensa burguesa, el pueblo ni las nuevas aspiraciones del pueblo de Pan, Tierra y Libertad, no existen. Existe, sí, Orozco, político fallido, que se ha ido al monte, pero para ir por el monte al poder ó a la dictadura. El pronunciamiento es la providencia de los políticos fallidos. Y en México, sobre todo, es casi una institución: á pronunciamientos y á cuartelazos se sube allí al poder, como aquí á fraudes y á mentiras. La prensa burguesa mira con cierto respeto estos procedimientos en uso en algunas naciones de América para renovar sus autoridades. Y aunque no los aprueba del todo, no quiere ver en ellos, como en el sufragio, otra cosa que un procedimiento de cambiar á Porfirio Díaz por Madero y á Madero por Orozco, como quien dice á Sáenz Peña por Figueroa, en la silla de Presidente. Que México renueve sus autoridades en la forma que se hacen allí estas cosas, yéndose al monte, y no por eso revolucionará México el orden existente. Al contrario: lo consolidará puesto que, lo mismo Orozco que Madero, quieren el poder, no para destruir el poder, sino para servirse de él por mucho tiempo y servir al orden, á la república y al Estado, en lo que radica la identidad profunda de aquellos cuartelazos con estas elecciones y, por lo tanto, las simpatías de la prensa, siempre burguesa, siempre conservadora, Natural y lógico es que ésta nos hable mucho, nos hable todos los días de Madero, Orozco y hasta de Porfirio Díaz, como nos habla aquí de Sáenz Peña, Figueroa é Hipólito Irigoyen, é ignore en cambio, ó finja ignorar la acción proletaria de Pan, Tierra y Libertad, que es la médula de la revolución de México, y de todo el movimiento social contemporáneo. Tratándose de México, que está tan lejos, no es de extrañar esta miopía de la prensa, cuando tratándose de aquí mismo, finje ignorar que por Pan, Tierra y Libertad se mueve también este proletariado y finje creer que se mueve por Palacios, Figueroa, Justo ó Irigoyen, como por Orozco en México! De ser así, hay que convenir que no valdría la pena...

Bueno. Conocíamos mal el movimiento de México, como conoceremos siempre mal cualquier movimiento proletario á través de las informaciones de la prensa burguesa.

«En México—dice nuestro compañero Antonio de P. Araujo, en el periódico *Regeneración* que ve la luz en Los Angeles, California—desde la consumación de la independencia, ha habido muchas revueltas y pronunciamientos en que de los trabajadores han corrido ríos de sangre para beneficio de militares y políticos, que se colocan en el poder para servir á la clase capitalista. En 1822, el pronunciamiento de Santa Anna por la República, que arrojó por tierra la corona de Agustín de Iturbide, fué combatido por los trabajadores, quienes á su triunfo se vieron tan esclavos de los amos como en tiempo del imperio. La revuelta de Mariano Paredes y Arrillaga en 1846, que lo elevó á la presidencia, fué peleada en los cam-

pos de batalla por peones y artesanos, quienes al triunfo de su leader quedaron en las mismas condiciones que estaban antes de tomar las armas. La última revuelta de Antonio López de Santa Anna también fué combatida por millares de trabajadores que se vieron burlados de las promesas que Su Alteza Serenísima le había hecho antes de escalar la dictadura. La revuelta porfirista de 1876, también fué combatida por trabajadores—labradores y gente de campo—de la frontera, y á la exaltación de Porfirio Díaz al poder, sus esperanzas de mejoramiento fueron fallidas por la dictadura capitalista que aquél implantó. La última revuelta maderista, 1910-1911, que también fué combatida por trabajadores y aún por algunos liberales, traidores á nuestra causa, ha visto coronado su triunfo por el entroncamiento del capitalismo más tiránico en registro en el territorio mexicano. Y los trabajadores que exigían á Madero el cumplimiento de sus promesas, han sido enviados al confinamiento, al destierro ó fusilados sin formación de causa.

En la historia de las revoluciones en Francia, la revolución de 1789, que derrocó á los Borbones, fué combatida por los trabajadores, y los frutos de esa revolución fueron robados por el capitalismo. La revolución de julio de 1830, que destruyó á Luis XVIII y colocó á Felipe en el trono, fué combatida por los trabajadores y sus premios fueron, igualmente, robados por el capitalismo. La revolución de 1848, que destruyó á Felipe y terminó con la colocación de Luis Napoleón en el trono imperial, fué combatida por los trabajadores. Cuando, sin embargo, algunos trabajadores trataron de aprovechar para su clase los beneficios de esa revolución, la clase capitalista usó el ejército para apastarlos, y 300 trabajadores parisienses fueron acuchillados y 15000 enviados á destierro sin jurado.

En la historia revolucionaria de otros pueblos europeos y latinoamericanos se repite lo mismo. Basta recorrer sus páginas para encontrar muchos ejemplos en paralelo con lo sucedido en México y en Francia. La revolución política no lleva á los pueblos sino á un cambio de tiranos, á un cambio de mandatarios, dejando vivas la raíz del malestar y la causa de desesperación de la clase trabajadora.

Por eso hoy los revolucionarios mexicanos, convencidos de la falacia de los gobiernos, si marchan en las filas rebeldes, si derraman su sangre y caen muertos frente al enemigo, no lo hacen impulsados por aspiraciones de llevar un hombre á la cabeza del estado, ó conservar la República mediante reformas en el andamiaje administrativo; ellos combaten por tomar posesión de la tierra y organizar la tierra en común, operarla en común y hacer la distribución de sus productos en común, así como por socializar todos los medios de producción y de transporte. La revolución social en México camina directamente á arrancar la raíz del malestar y á eliminar la causa de la desesperación de la clase trabajadora. Camina á sentar sobre bases sólidas los ideales comunistas y sigue su marcha sin el reconocimiento del leader ó el político, é impulsando su guerra de muerte al clero y al ejército.

No se equivoque la demanda general por la toma de posesión de la tierra, con el curso aislado de las bandas

croquizadas en contra del gobierno. La primera llegará á obtenerse por la tenacidad y sacrificios de todos los que hemos sufrido explotación y miseria. Orozco y los otros revoltosos políticos, en caso de éxito, irían á substituir á Madero en la tiranía. Su combate no es el nuestro. Nuestro combate tiende á destruir el infame orden de cosas existente, desquebrajando por igual á todos los políticos, eternos defensores del sistema capitalista.

Y agrega el citado compañero:

«La clase trabajadora ha demostrado que el obrero mexicano no esperaba nada absolutamente de la política. El trabajador sabe bien que la boleta electoral no le dará el pan que él y su familia necesitan para vivir. Sabe que no obtendrá casa y abrigo con los sufragios que deposite en favor de tal ó cual candidato. Nuestra clase despreció los llamativos plagados de falsedades de los policastro de todos los partidos; hizo á un lado á aquellos que alegaban que se habían derramado torrentes de sangre para «conquistar el sufragio» y pasó de largo al oír las peticiones de los tribunos que, con la sonrisa en los labios y la palma en la espalda, le pedían que acudiera á las urnas electorales para elegir «mandatarios».

La Revolución no tuvo, ni tiene, ni tendrá por objeto conquistar efectividad de derechos estúpidos como es el de nombrarse tiranos. Sus fines son grandiosos. Va directamente á la reducción del proletariado mexicano, arrancando de raíz las tres instituciones que se oponen á su felicidad: el capital, la iglesia y el estado. No: el voto popular no ha remediado en el mundo los males de los pueblos; al contrario, ha afianzado más la autoridad capitalista. Tiranos tan grandes como Nicolás II de Rusia y Alfonso XIII de España se deleitan al ver á sus súbditos ejercitar el derecho electoral; el capitalismo yankee, cual espectador en un pleito pugilista, goza hasta el delirio el día de elecciones presidenciales; todos los sátrapas de la América Latina, desde el gato montés Estrada Cabrera hasta el brutal Roque Sáenz Peña de la Argentina, (el compañero lo confunde sin duda con Figueroa Alcorta, de quién Sáenz Peña sigue las huellas en materia de represión proletaria más bien por inconciencia que por maldad) saborean la lectura de la prensa el día que dá cuenta del triunfo de sus emucos en las casillas electorales; y aún en Canadá, país en que la pobreza más desastrosa vive á la sombra de una poderosa aristocracia y una arrogante plutocracia, las elecciones de Sir Wilfried Laurier ó el conservador Borden á la jefatura del gabinete, dan motivo de satisfacción al mismo Jorge V.

No queremos conquistas ficticias ó efectivas de principios democráticos, queremos ser hombres, es decir, aprovechar libremente todo lo que la naturaleza ha colocado en el planeta y todo lo que los demás hombres de todas las épocas han fabricado para beneficio de todos, y es injusto decir que llevaríamos la ociosidad y la decadencia al seno de la comunidad, por que precisamente en la sociedad futura, no podría vivir el que no trabajara, y la teoría de la evolución en el nuevo ambiente de educación física llevaría á las futuras generaciones á nuevas y vigorosas especies humanas.

Queremos la conquista de la tierra,

más bien dicho su recuperación. Buscamos ir allá directamente y construir nuestro edificio común sobre bases sólidas, en que nuestra igualdad quede asegurada con el exterminio del capital y la abolición de la moneda, nuestra libertad por la eliminación del militar y del gobernante, nuestra educación por el establecimiento de escuelas de razón y nuestra felicidad por la posesión común de la tierra y todos los medios de producción y de transporte; porque es absurdo pretender que nosotros, hombres emancipados é ingobernables, pensemos en sujetarnos á la autoridad que es nuestro verdugo, la barrera que se opone á nuestro paso á la vida, el obstáculo que hace de nosotros y de nuestras esposas, esclavos taciurnos en la marcha al servicio del capitalismo».

Para terminar esta crónica insertamos la proclama de los compañeros de *Regeneración*, por la que pedimos darnos cuenta de cuál es la consigna que tienen los rebeldes para que no se les escapen las conquistas que se proponen de Pan, Tierra y Libertad. Dice así la proclama:

A LOS REBELDES

Rebeldes de cualquiera bandera! no dejéis de fusilar á todo jefe ú oficial que impida que los pobres tomen de las tiendas, almacenes, trojes, etc., etc., lo que necesitan.

No dejéis de fusilar á los jefes y oficiales que se opongan á que los habitantes de las regiones en que operáis, tomen desde luego posesión de la tierra y de la maquinaria de producción.

Si no hacéis eso, la sangre que se ha derramado y la que se está derramando, solo servirá para que se encaramen sobre el pueblo mexicano un nuevo tirano.

¡A expropiar!

“EL MANIFIESTO”

Notas Administrativas

A los que enviamos este primer número—Si desean continuar recibiendo el periódico, manden el precio de su suscripción, á razón de \$0.40 por un mes ó 1.20 por tres meses, en giro postal ó en estampillas de correo. Todos los valores á nombre de R. González Pacheco, Montes de Oca 972.

A los agentes ó á los que reciban paquetes—Rogámosle procedan á su distribución ó venta, comunicando los subscritores que anoten y las facilidades que deseen. Estas las dejamos á la conciencia de los compañeros; y lo mismo los descuentos á los vendedores.

“El Manifiesto” debe seguir saliendo

—Por nuestra parte lo hemos calculado todo; precio de venta y costo de los números, para que siga... Justo, justo, á todo tirar, porque estamos hoy ricos, tenemos para dos números, aunque no para dos comidas, todos los días, hasta el próximo primero. Son dos números que aseguramos nosotros, salvo, como es natural, que se mezcle la policía, contra la que no tenemos seguro ni hay quien lo dé en esta hermosa tierra. Si esto es poco, no por no tener más hemos de fracasar; no

han de permitirlo los compañeros! A ellos nos dirigimos, pues, y les decimos: EL MANIFIESTO debe seguir saliendo; para dos números tenemos; junten y manden para los restantes. Formen por ahí grupos, organicen algo, hagan como nosotros que no nos perdonamos esfuerzo, ni dinero, cuando lo tenemos. Siempre sacaremos primero el periódico que comernos la plata. Convencimiento de anarquistas...

Burrada

Burradas como esta publican todos los días los diarios de Buenos Aires:

«DESPUES DE LA FIESTA»

Aun palpita en el alma juvenil. las felices y alegres horas de sanas expansiones de su gran día—Día del estudiante—y á los gratos recuerdos y emociones, va sumando una vaga tristeza las preocupaciones del nuevo día de trabajo.

Otra vez la juventud estudiosa vuelca sus afares en aulas y laboratorios: otra vez vuelve á sus mesas de trabajo, y al amor de una lumbre, las páginas del libro abierto se van sucediendo unas tras otras, van pasando muchas—infinitas.

Y las cálidas tibiezas de la primorosa primavera, anuncia la proximidad de los intensos días—de las febricitantes horas de las pruebas—en que el estudiante, con el afán de recuperar horas idas en indolencia de las veladas en la fría estación, ó por necesidad de repasar el interminable acúmulo de conocimientos exigidos—para los cuales, desgraciadamente, la frágil memoria humana no siempre se muestra del todo fiel—el estudiante trabaja sin tregua, su cerebro se congestiona, al surmenaje bien pronto sobreviene fatiga nerviosa y la infaltable neurastenia hace eclosión con su cortejo sintomático, harto conocido como bien desagradable!..»

Bueno es advertir, para nuestros compañeros obreros, que los que escriben diarios son, casi todos, gente bachillera...

Caravana literaria

Mundial—Egresos en un año 200.000 francos, ingresos id 22.000. Déficit, 178.000.

Como revista, ¿es mala?

Es lujosa. Sus fotografías «visten», y como son bombásticos, resultan miel sobre hojuelas. Su texto—con excepción, naturalmente, de alguno que otro artículo—es mediano. Pero en revistas de esta índole el texto no es lo primero. Por otra parte, el propietario, señor Guido, no es una eminencia literaria. Le he visto un «haiga» en carta que dirigió al dibujante Xaudaró. En cambio, es un comerciante rico y experto, que al poner una revista ha puesto una tienda más.

¿Que cómo se entiene que «Mundial», con tales precedentes, no haya dado aún el resultado apetecido, máxime dedican lose principalmente á Buenos Aires?

Porque un año es poco tiempo para un periódico, cualquiera que sea, y porque el entusiasmo pampero por la Prensa, es una de las muchas y ya cargantes leyendas de la República Argentina. Los periódicos literarios y artísticos, aunque pongan un «haiga» de vez en cuando no prosperan gran cosa allá. El español Cavestany, que quiso hacer un «Blanco y Negro» en

Buenos Aires, ha fracasado. El americano Guido, que ha querido hacer un «Je sais tout» en Buenos Aires está pasando las de Caín. Literatos y artistas son poco estimados, y cobran sueldos mezquinos en aquella factoría, y á los escritores jóvenes que piensan alto y nuevo, á los correligionarios allí de Iglesias Hermida y de Noel, se les manda invernar en Ushuaia, de cuya tierra impía, al pisar, escribió González Pacheco:

«...Caemos. Diez, veinte veces, caemos hasta hacer las treinta cuadras que diz que dista de la bahía al presidio... Pero eso sí; á cada golpe del alma parte la injuria flameando como un lanzazo!.. ¡En marchal—gritan; marchamos. Tundidos, rectangulados y con los brazos abiertos como alas rotas, marchamos...»

El señor Guido, mercantilmente considerado, es listo. Tiene en su casa, en su revista, como director de ella un gran nombre literario: Rubén Darío.

Y el señor Guido ha pensado que una excursión literaria por la Argentina, y en la que él lleve á Rubén como una foca podrá recabar suscriptores.

El señor Guido, pues, está formando una especie de caravana mundial con él mismo, entre otras personas el gran poeta Rubén Darío, y un á modo de revisero adjunto, «á latere» ó «ad latas», cuyo nombre no me han dicho; pero sí que es un á modo de mamonete literario, que más bien irá de «groom», para hacer recaudos, en tercerita y con un tr je nuevo, recortado de uno viejo del señor Guido.

¡En marchal—exclamaria González Pacheco.

--Y «tundidos, rectangulados y con los brazos abiertos como alas rotas», marcharán para la Pampa.

Y yo siento una pena muy grande, no sólo por mi eximio amigo Rubén Darío, sino también por mi apreciable conocido el señor Guido.

Porque—¡qué demonio!—es triste que cualquiera, sin salir de su pueblo, pueda lucrar con una mercería, con una tienda de ultramarinos, con un puesto de churros, etc., y que para que prospere una revista literaria necesite el propietario, llevando irrisoriamente de una cuerda al primer poeta de España y América, atravesar los mares en estos días de atroces siniestros marítimos..»

Luis Bonafoux.

Parábola del milagro

Jesús volvió á Nazareth. Y no reconoció su ciudad natal.

La Nazareth donde él había vivido, era una ciudad triste, llena de lágrimas y de lamentaciones. Y esta, que veía hoy, estaba llena de risas y de cantos. Y el Cristo entró en la ciudad, y vió esclavos cargados de flores, que iban en tropel hacia la escalera de mármol de una casa de mármol blanco. Y el Cristo entró en la casa, y en el fondo de una sala de jaspero, acostado sobre un lecho de púrpura, vió á un hombre, cuyos cabellos en desorden estaban coronados de rosas rojas, y cuyos labios estaban rojos de vino. El Cristo se aproximó á él, le tocó en el hombro, y le dijo:

—¿Por qué llevas esta vida?

El hombre se volvió, lo reconoció, y dijo:

—Yo era leproso. Tú me has curado. ¿Por qué llevaría yo otra vida?...

El Cristo salió de esa casa. Y he ahí que en la calle vió á una mujer, de la cual el rostro y los vestidos estaban pintados, y cuyos pies estaban adornados de perlas. Y vió detrás de ella á un

hombre que la seguía, del cual el vestido era de dos colores y los ojos cargados de deseos. Y el Cristo se aproximó al hombre, y tocándole en la espalda, le dijo:

—¿Por qué sigues á esa mujer y la miras así?

El hombre se volvió, lo reconoció, y le dijo:

—Yo era ciego. Tú me has curado. ¿Qué cosa mejor podría hacer yo de mi vista?

Y el Cristo se aproximó á la mujer y le dijo:

—Este camino que tu sigues es el del pecado. ¿por qué seguirlo?...

La mujer lo reconoció y dijo riendo:

—El camino que yo sigo es agradable. Tú me has perdonado todos mis pecados. ¿Qué podía yo hacer de tu perdón?...

Y el Cristo sintió su corazón lleno de tristeza; y quizo abandonar la ciudad. Y como saliese, vió junto á los pozos cercanos á un joven, sentado, que lloraba. El Cristo se acercó á él, y tocándole los bucles de su cabellera, le dijo:

—Amigo, ¿por qué lloras?

El joven levantó los ojos, lo reconoció y le dijo:

—Yo había muerto, y tú me resucitaste. ¿Qué otra cosa puedo hacer de mi vida?...

Y el Cristo, entristecido, se alejó.

Oscar Wilde.

Comunismo ó individualismo

Toda la ciencia del mundo no será bastante para ofrecernos un esquema del ideal, de acuerdo con la realidad. Así nosotros, anarquistas como Kropotkin, no podemos comprender una sociedad que produce, cambia ó distribuye y consume casi mecánicamente, automáticamente, de un mismo modo en todas las partes del globo. El estudio de la evolución nos dice lo contrario, nos habla de la inmensa variabilidad de aplicaciones. Y como es el lenguaje de la realidad y observamos también que todos los intentos de unificación han fracasado, y que está en la misma condición de los hombres la tendencia á la diferenciación, no nos conformamos con la concepción del comunismo uniforme.

Hay una cuestión previa, que es la de la igualdad de medios para la vida. Esta afirmación constituye todo el socialismo, ó todo el comunismo ó todo el colectivismo prácticos. Más allá de esta afirmación, no puede haber más que agrupaciones formadas para cooperar como quiera que sea, á fines determinados. Los métodos de cooperación pueden ser tan variados como las opiniones, los gustos, las necesidades, etcétera. Todavía más, es preciso que lo sean, porque sin diversidad de experiencias no puede haber elección de lo mejor. El progreso del mundo consiste precisamente en esta selección experimental. Cualquier método uniforme, cualquier propósito de unificación, sería un nuevo forzamiento de las cosas, y el anarquismo no trata de forzar, sino de favorecer el desarrollo de todas las condiciones que están dadas en la Naturaleza para la vida individual y para la vida social.

¿Quién es capaz de predecir las maravillas de los desenvolvimientos futuros en la función de un régimen de libertad y cooperación voluntaria fundado en la igualdad de condiciones?

Toda tendencia de unificación requiere un factor, un elemento que eje-

cute, que arregle, que coordine. El principio de autoridad está siempre en acecho. La unidad no puede ser más que una resultante. La vida es variación continua. A partir de esta, es como únicamente podemos aspirar al desenvolvimiento creciente de todas nuestras facultades. No se nos oculta que la manera más sencilla, demasiado sencilla, á satisfacer las necesidades elementales de la existencia es el método comunista íntegro. La multitud proletaria hallaría de pronto la solución del apremiante problema del pan. La multitud proletaria se rendiría cuenta, en seguida, de la manera como tendría que conducirse para no padecer hambre, ni frío, para no andar cubierta de andrajos, comida por la miseria. Comprenderíamos que todos los obreros fuesen comunistas á *outrance*. Pero ¿y después? Sería necesario rebasar los muros de la pequeña villa, los cercados de la gran ciudad; traspasar los límites de la comarca, de la nación. Habría algo más que hacer que comer y vestirse. Cada uno, individuo ó grupo, querría desenvolver su actividad en distinto sentido, diferente. La vida recuperaría toda su gran complejidad, y las implicaciones de organización nos saldrían al paso por todas partes. El comunismo puede dar y dá respuesta á todo esto; señala un camino, marca un rumbo. Pero la humanidad, entonces como ahora, no hará ningún caso de orientaciones y de caminos y de rumbos. Empezará de nuevo la ruta como sepa y como pueda. Cada uno elegirá un sendero. No sería ningún bien que todos marchasen por la misma carretera. No habría variedad, no habría selección, no habría progreso.

Si en el seno del anarquismo prevalece la idea comunista actualmente, no es sin que provoque divergencias, entre ellas la necesaria reacción individualista. Son extremos que están pudiendo á gritos una solución radical.

R. Mella.

(Recorte)

El Ateneo de Madrid—Interesante para Roldán y Ricardo Rojas.

...Yo no sé del viejo Ateneo sino lo que me han contado, falso quizás, como cuanto me han contado de todo, á tal extremo que de mis cuarenta años de vida llevo casi medio siglo rectificando los errores primarios de la educación mental impuesta. Pero ese Ateneo, que yo conozco, asilo de inválidos, potrero de jóvenes bien vestidos para doncellas ricas, osario de todas las apolladas costumbres mentales, sucursal de sacristías, limbo de los neutros, hogar de los epicenos, no es ya otra cosa sino el albergue, aislado como un yermo espiritual, donde hallan posada los poetas de Centro y Sud América, que, ateos de Colón y del divino Manrique, vienen aquí á que los jaleadores de oficio exalten mercenariamente, como si fueran cumbres aureadas por el sol, sus vanos nombres repiqueteados á diario, como un monótono tocar de campanas, por todos los periódicos.

Es una posada. Ignoro si tiene camas y cantina, ni sarmento en brasa ardiendo en el hogar de su cocina, pero sé que carece de una tribuna libre con tornavoces á los cuatro vientos de la vida y que los hombres ungidos por la intelectualidad se sienten allí extraños y solos, vagando por la extensión de vastas salas y corredores en los que las vibraciones de la humanidad no se sienten y que exhalan un vago olor á sacristía.

Alejandro Sawa.

Epistolario de Fradique Mendes

Al señor E. Mollinet.

Director de la *Revista de Biografía y de Historia*.

París, Septiembre.

Mi querido Sr. Mollinet: — Encontré ayer por la noche al volver de Fontainebleau la carta en que mi docto amigo me pregunta, en nombre y en interés de la *Revista de Biografía y de Historia*, quién es este compatriota mío Pacheco (José Joaquín Alves Pacheco) cuya muerte está siendo tan general y amargamente lamentada en los periódicos de Portugal. Y además desea mi amigo saber qué obras, ó qué fundaciones, ó qué libros, ó qué ideas, ó qué mejoras dejó en la civilización portuguesa ese Pacheco, acompañado al título con tan sonoro y reverente título.

Casualmente yo conocí á Pacheco. Tengo presente, como en un resumen, su figura y su vida. Pacheco no legó á su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros superior é ilustre únicamente porque tenía un inmenso talento. ¡Y aun ese talento, mi caro Sr. Mollinet, que dos generaciones soberbiamente aclamaron, no dió nunca una prueba positiva, expresa, visible, de su fuerza! ¡El inmenso talento de Pacheco estuvo siempre callado, recogido en las profundidades de Pacheco! Constantemente atravesó la vida sobre eminencias sociales: Diputado, Director General, Ministro, Gobernador de Bancos, Consejero de Estado, Par, Presidente del Consejo, Pacheco lo fué todo y lo tuvo todo en este país que, desde lejos y á sus pies lo contem, laba, asombrado de su inmenso talento. Pero jamás en estas situaciones, ni por provecho suyo ni por urgencia del Estado, tuvo Pacheco necesidad de dejar salir, para afirmarse y operar fuera, aquel inmenso talento que allá dentro le sofocaba. Cuando los amigos, los partidos, los periódicos, las representaciones, los cuerpos electorales, la masa compacta de la nación, murmurando en derredor de Pacheco «¡qué inmenso talento!», le invitaban á ensanchar su poder ó su fortuna, Pacheco sonreía bajando los ojos tristes por detrás de los dorados anteojos, y seguía, siempre hacia arriba, siempre más alto, á través de las instituciones, con su inmenso talento ahorrado dentro del cráneo como en el cofre de un avaro. Y aquella reserva, aquella sonrisa, aquel brillar de sus anteojos bastaban al país, que en ellos sentía la deslumbradora evidencia del talento de Pacheco.

Este talento nació en Coimbra, en el aula de Derecho Natural, la mañana en que Pacheco, desdeñando la *Sebenta*, aseguró que «el siglo XIX era un siglo de progreso y de luz». El curso comenzó á presentirlo y á afirmar en los cafés de la Feira que había mucho talento en Pacheco, y esta admiración, cada día creciente, del curso, comunicándose como los movimientos religiosos desde las multitudes impresionables á las clases razonadoras, de los muchachos á los viejos, llevó fácilmente á Pacheco á ganar un premio á fin de año. La fama de este talento se esparció por toda la Universidad, que viendo á Pacheco siempre pensativo, y ya con anteojos, austero en sus pasos, con gruesos tratados debajo del brazo, adivinaba en él un espíritu que se concentra y se convierte todo en fuerza íntima. Al dispersarse esta generación académica llevó por el país, hasta las más escondidas aldeas, la noticia del inmenso talento de Pacheco. Y ya en las obscuras boticas de Traz-o-Montes y en las parleras tiendas de los barberos del Algarve, se decía con respeto, con

esperanza: «¡Parece que hay por ahí un joven de inmenso talento: Pacheco!»

Pacheco estaba maduro para la representación nacional. Vino al seno de ella traído por un gobierno (no recuerdo cuál) que consiguiera con trabajo y maña apoderarse del precioso talento de Pacheco. Después, en la estrellada noche de Diciembre en que él, en Lisboa, fué á Martinho á tomar té y tostadas, se susurró con curiosidad: «¡Es Pacheco, un muchacho de inmenso talento!» Y desde que las Cámaras se constituyeron, todas las miradas, las del Gobierno y las de la oposición, comenzaron á volverse con insistencia, casi con ansiedad, hacia Pacheco, que en la punta de un banco conservaba su actitud de pensador concentrado, con los brazos cruzados sobre el chaleco de terciopelo, la frente inclinada á un lado como bajo el peso de las riquezas interiores, y los anteojos centelleantes... Al cabo, una tarde, en la discusión de la respuesta al discurso de la Corona, Pacheco hizo un movimiento para interrumpir á un cura bisojo que hablaba de la «libertad». El sacerdote se detuvo inmediatamente con deferencia; los taquígrafos abrieron vorazmente los oídos; y en toda la Cámara se apagó el desahogado susurro para que el inmenso talento de Pacheco pudiera manifestarse por primera vez en medio de un silencio dignamente majestuoso. Pero Pacheco no prodigó sus tesoros. — De pie, con el dedo estrado (gesto que siempre fué muy suyo) Pacheco afirmó, en un tono que delataba la seguridad del pensar y del saber íntimo, «¡que al lado de la libertad debía coexistir siempre la autoridad!» Era esto muy poca cosa ciertamente, pero la Cámara comprendió bien que detrás de aquel corto resumen había un mundo, todo un vasto mundo de ideas sólidas. Durante meses no volvió á hablar, pero su talento inspiraba tanto más respeto cuanto más insensible y más inaccesible se mostraba allá dentro, en el fondo, en el rico y poblado fondo de su ser. El único recurso que quedó entonces á los devotos de este inmenso talento (que ya los tenía incontables) fué contemplar la testa de Pacheco, como se mira al cielo, con la certeza de que Dios está detrás disponiéndolo todo. La testa de Pacheco presentaba una superficie lisa, amplia y lustrosa. Y muchas veces junto á él, Consejeros y Directores Generales baluceaban maravillados: «¡No es necesario más! ¡Basta ver aquella testa!»

Pacheco formó parte luego de las principales comisiones parlamentarias. Nunca, sin embargo, accedió á redactar un proyecto, desdeñoso de las especialidades. Apenas alguna vez tomaba en silencio una nota. Y cuando salía de su concentración, estirando el dedo, era para lanzar alguna idea general sobre el Orden, el Progreso, el Fomento, la Economía. Había en esto la evidente actitud de un inmenso talento que (como insinuaban sus amigos guiñando el ojo con finura) «esper... llegar arriba». Por lo demás, Pacheco mismo enseñaba (esbozando con su gruesa mano el vuelo superior de un ala sobre una copuda arboleada) que el talento verdadero sólo debía conocer las cosas por las ramas.

Este inmenso talento no podía dejar de contribuir á los Consejos de la Corona. Prcheco en un cambio ministerial (provocado por una tremolina) fué Ministro, é inmediatamente se notó que maciza consolidación viniera á dar al poder el inmenso talento de Pacheco. En su departamento, (que era el de Marina) Pacheco no hizo, durante los largos meses de gobierno, «absolutamente nada», como insinuaran tres ó cuatro espíritus acerbos y estrechamente posi-

tivos. Mas por primera vez, durante este régimen, la nación dejó de sentir dudas é inquietudes sobre nuestro Imperio Colonial. ¿Por qué? Porque estaba seguro de que últimamente los supremos intereses de ese Imperio, habían sido confiados á un inmenso talento, al talento inmenso de Pacheco.

En las sesiones, Pacheco rara vez salía de su silencio repleto y fecundo. A veces, sin embargo, cuando la oposición se tornaba clamorosa, Pacheco descruzaba los brazos y tomaba lentamente una nota con lápiz; y esta nota, trazada con saber y con madurísimo pensar, bastaba para cohibir y anonadar á la oposición. ¡Es que el inmenso talento de Pacheco llegó á inspirar en las Cámaras, en las Comisiones, en todos los Centros, un saludable terror disciplinario! ¡Ay de aquel sobre quien fuera á desatarse cólerico tan inmenso talento! ¡Ya tenía segura una humillación! ¡Así dolorosísimamente lo experimentó el pedagogo que un día se lanzó á acusar al señor ministro del Reino (entonces Pacheco dirigía el Reino) de descuidar la instrucción del país! Ninguna rscriminación podía ser más sensible á aquel inmenso espíritu, que en frase marmórea y suculenta enseñara que «un pueblo sin Institutos es un pueblo incompleto». Estirando el dedo (gesto siempre tan suyo), Pacheco aplastó al hombre temerario con estas palabras tremendas: «Al ilustre diputado que me censura, sólo tengo que decirle que en estas cuestiones de Instrucción pública su excelencia ahí, en esos bancos, da gritos y yo aquí, en este sillón hago luz.» Yo estaba en la tribuna pública, en aquel supremo momento, y no recuerdo haber oído jamás en una asamblea de hombres una tan apasionada racha de aclamaciones. Creo que fué á los pocos días cuando Pacheco recibió la gran cruz de la orden de Santiago.

El inmenso talento de Pacheco se tornaba poco á poco un credo nacional. Viendo que inquebrantable apoyo daba aquel inmenso talento á las instituciones que él servía, todos le apeticieron. Pacheco comenzó á ser Director General de Compañías y de Bancos. Cobijado por la Corona, penetró en el Consejo de Estado. Su partido reclamó ávidamente que Pacheco fuese su jefe. Por los otros partidos se ayudaba con sumisa reverencia á su talento. Poco á poco se concentraba la nación en Pacheco.

Al tiempo que envejecía y crecía en influjo y dignidades, la admiración por su inmenso talento llegó á tomar en el país ciertas formas de expresión, propias sólo de la religión y del amor. Cuando fué presidente del Consejo había devotos que extendían con unción la mano sobre el pecho, miraban al cielo hasta poner los ojos en blanco, para murmurar piadosamente: «¡Qué talento! Y había enamorados que cerrando los ojos y recalando un beso en las puntas apiñadas de los dedos, baluceaban con languidez: «¡Ay, qué talento!» Y ¿para qué ocultarlo? Había otros á quienes aquel inmenso talento irritaba amargamente como un excesivo y desproporcionado privilegio. A estos los oí yo gritar con furor dando patadas en el suelo: «¡Demonio, lo que es tener talento demás!» En tanto Pacheco no hablaba, sonreía apenas. La cabeza cada vez se le tornaba más grande.

No he de recordar su incomparable carrera. Basta con que mi caro señor Mollinet recorra nuestros anales. En todas las instituciones, reformas, fundaciones, obras, encontrará el culto de Pacheco. Portugal todo, moral y socialmente, está repleto de Pacheco. Todo lo fué y todo lo tuvo. ¡De seguro que

su talento era inmenso! ¡E inmenso se manifestó el reconocimiento de su patria! Pacheco y Portugal, por lo demás necesitaban insustituiblemente uno del otro, y ajustadísimamente se completaban. ¡Sin Portugal, Pacheco no habría sido lo que fué entre los hombres; pero sin Pacheco Portugal no sería lo que es entre las naciones!

Su vejez ofreció un carácter augusto. Perdió el cabello radicalmente. Todo é era cabeza, y más que nunca revelaba su inmenso talento, aun en las cosas mínimas. Me acuerdo muy bien de la noche (siendo él presidente del Consejo) en que, en la sala de la condesa de Arródes, alguien, con ansia, deseó conocer lo que pensaba su excelencia de Cánovas del Castillo. Silenciosamente, magistralmente, sonriendo apenas, su excelencia, con mano grave, dió rápidamente un corte horizontal en el aire. En torno de él se elevó un murmullo de admiración. En aquel gesto ¡cuántas cosas sutiles, hondamente pensadas! Yo por mí, después de mucho cavilar, lo interpreté de este modo: «Mediocre, mediana talla la del Sr. Cánovas!» ¡Porque, habrá usted notado, mi caro Sr. Mollinet, cómo aquel talento siendo tan vasto, era al mismo tiempo tan fino!

Reventó; quiero decir, murió su excelencia casi de repente, sin sufrimiento, en los comienzos de este invierno. Iba precisamente á ser nombrado marqués de Pacheco. Toda la nación le lloró con infinito dolor. Yace en el alto de S. João, bajo un mau-oleo, en el que por sujeción del consejero Acacio (en carta al *Diario de Noticias*) fué esculpida una figura de Portugal llorando al genio.

Meses después de la muerte de Pacheco encontré á su viuda en Cintra, en casa del doctor Videira. Es una mujer (aseguran amigos míos) de excelente inteligencia y bondadosa. Cumpliendo un deber de portugueses, lamenté ante la ilustre y afable señora la pérdida irreparable que era suya y de su patria. Mas cuando, conmovido aludi al inmenso talento de Pacheco, la viuda de Pacheco levantó con brusco espanto los ojos que conservara bajos, y una fugitiva, triste y casi apiadada sonrisa, frunció las comisuras de su boca descolorida... ¡Eterno desacuerdo de los destinos humanos! ¡aquella mediana señora nunca pudo comprender á aquel inmenso talento! Créame, mi querido señor Mollinet, su muy devoto—Fradique.

A Clara

París, Octubre.

...Y á propósito de historia: mucho apriete, mi estudiosa Clara, que estás leyendo al divino Buda. Dices, desconsoladamente, que apenas te parece, «un Jesús muy complicado». Pero, amor mío, es necesario desescombrar á ese pobre Buda del denso aluvión de Leyendas y Maravillas que sobre él á acarreado durante siglos la imaginación de Asia. Tal como fué, desprendido de su mitología, en su desnudez histórica, nunca alma mejor visitó la tierra, y nada iguala como virtud heroica á la *Noche de la Renunciación* Jesús fué un proletario, un mendigo sin viña ni heredad, sin amor ninguno terrestre, que erraba por los campos de Galilea aconsejando á los hombres que abandonasen como él sus lares y sus bienes, descendiesen á la soledad y á la mendicidad, para penetrar un día en el Reino venturoso, abstracto, que está en los Cielos. Nada sacrificaba él, é instaba á los demás al sacrificio, llamando á todas las grandezas humanas al nivel de su humildad. Buda, por el contrario, era un Príncipe como suelen serlo los de Asia, de ili-

mitado poder, de ilimitadas riquezas; se casó con inmenso amor, y además tuvo un hijo en quien ese amor se sublimara más; y este príncipe, este esposo, este padre, un día, en sacrificio á los hombres, deja su palacio, su reino, la esposa de su corazón, su hijo dormido en la cuna de mácar, y bajo la tosca estameña del mendigo va á través del mundo dando limosnas y predicando la renuncia á los deleites, el aniquilamiento de todo deseo, el ilimitado amor hacia los seres, el incansante perfeccionamiento en la caridad, el desián fuerte del ascetismo que se tortura, el permanente cultivo de la misericordia que redime y la confianza en la muerte...

Incontestablemente, á mi ver (y en cuanto se puede discernir de estas cosas) Buda, en el siglo XIX, y en el siglo XX, la vida de Buda es más meritosa. Y además considera las diferencias de enseñanza de los dos divinos Maestros.

Uno, Jesús, dice: «Yo soy hijo de Dios y pido á cada uno de vosotros, hombres mortales, que prediquéis el bien durante los cortos años que paséis en la tierra, para que yo después, en premio, os dé á cada uno, individualmente, una existencia superior, infinita en años é infinita en delicias, en un palacio que está más allá de las nubes, y que es de mi Padre!» Buda dice sencillamente: «Yo soy un pobre hermano mendicante, y os ruego que seáis buenos durante la vida porque de vosotros en recompensa, nacerán otros mejores y de ellos otros más perfectos, y así, por la práctica creciente de la virtud, con cada generación se establecerá poco á poco en la tierra la virtud universal!» La justicia del justo, por tanto, y según Jesús, sólo aprovecha egoístamente al justo. Y la justicia del justo, según Buda, aprovecha al ser que le ha de suceder en la existencia y después al que de ese ser de aquí, siempre durante el paso por la tierra, para lucro eterno de la tierra. Jesús crea una aristocracia de Santos, que lleva al cielo donde él es rey y que constituye la corte del cielo para deleite de su divinidad, y no viene de él provecho directo para el Mundo, que continúa sufriendo la porción de mal siempre «indisminuida». Buda crea, por la suma de las virtudes individuales santamente acumuladas, una humanidad que en cada siglo nace progresivamente mejor, que por fin se torna perfecta y que se extiende á toda la tierra, de donde el mal desaparece, y donde Buda es siempre el mismo hermano mendicante, al borde del áspero camino. Yo, flor mía, estoy por Buda. En todo caso, esos dos maestros poseyeron, para bien de los hombres, la mayor porción de Divinidad que hasta hoy le ha sido dado contener al alma humana. Por lo demás, todo esto es muy complicado y tú procederías sabiamente dejando á Buda en su budismo; y toda vez que tus bosques son tan admirables, templarte en su fuerza y en sus saludables aires. Buda pertenece á la ciudad y al Colegio de Francia; en el campo la verdadera Ciencia debe caer de los árboles, como en los tiempos de Eva. Cualquiera hoja de olmo te enseña más que todas las hojas de los libros. Sobre todo más que yo, que estoy aquí explicando de pontifical pedantesco ante tus lindos ojos, tan delicados y suaves, un curso escandaloso de Religión Comparada.

Sólo me quedan tres pulgadas de papel y aun no te conté ¡oh dulce desterrada! las noticias de París, *acta Urbis*. (Bien, ahora latín!). Son pocas é incoloras. Lluève; continuamos en República; Madame Jouarre, que llegó de la Rocha con menos cabellos blancos, pero más cruel, convidó á algunos desventu-

rados (de los cuales yo soy el mayor) para que escucharán tres capítulos de un nuevo atentado del barón de Fernay sobre Grecia; los periódicos publican otro prefacio de Renán, todo lleno de Renán, en el que, como siempre, se manifiesta el tierno y erudito vicario de Nuestra Señora de la Razón; y tenemos, en fin, un casamiento de pasión y de amor del nuestro escultural vizconde de Montblanc con Mlle. Degrave, aquella nariguda, delgada, de dientes amarillos, que heredó milagrosamente los dos millones del cervicero, que ha engordado lindamente y que ríe con los dientes muy limpios. Eso es todo, mi adorada... Y ya es tiempo de que te mande en montón, en esta línea, los recuerdos, los deseos y las cosas ardientes y suaves y sin nombre de las que está lleno mi corazón, sin que se agote por más que las arroje á manos llenas á tus pies adorables, que beso con sumisión y con fe--Fradique.

(Recorte)

La leona enjaulada en el parque de Barcelona ha parido cuatro lindos cachorros.

En la misma ciudad una mujer ha dado á luz dos niños.

Los cachorros serán alimentados con hiberón por cuenta del Ayuntamiento.

Los niños han sucumbido de hambre y de frío.

Criaturas humanas hay muchas, leones pocos.

¡Proletarios, aprended á ser leones!

Antonio Zozaya.

Veremos...

El pueblo es siempre idealista sin duda porque es siempre joven. Siempre espera en una justicia—una gran justicia—que habrá de venir á poner término al desenfreno del que manda.

Defraudado cuantas veces esperó, confiando en los hombres, y en los hombres que parecían más justicieros, el pueblo, el gran confiado, sigue esperando. No se dirá de él, que sí se abandonara á su instinto ó hiciera por sí las cosas que hoy todavía confía á los otros, no cambiaría continentes ó removería montañas.

Para todo esto tiene fuerza el pueblo; pero cómo ha de hacerlo si le llevan la mano en la escritura, y los que le llevan la mano le hacen hacer palotes para que por casualidad, no haga por fin la ley ó el código que le conviene? El pueblo, que para eso es muy niño, cree ingenuamente en la buena fe de los aventureros, cuando estos aventureros—léase candidatos—aseguran que para lo poco que necesitamos ellos se bastan; que nosotros en cambio no nos bastamos porque estamos recién en los palotes, y hemos de hacer aún innumerables palotes (llevándonos ellos la mano, por supuesto) antes de que alguna vez nos bastemos... El pueblo, que es muy niño, cree ingenuamente todo esto, y cree también que al fin ha encontrado en estos aventureros los hombres que le hacían falta. Y muy seriamente, mientras los aventureros ganan las cumbres y encuentran allí el medio de macanear á su gusto, que es lo que quieren, el pueblo, el gran imbécil, continúa haciendo palotes, creyendo que así completa su educación.

¡Muy á gusto que están los diputados en el Congreso! ¡Muy á su gusto que macanear! Pero se burlan del pueblo que acaso confió en ellos, como en los diputados socialistas y en los radicales,

para poner un término al desenfreno; para poner un término también á la farolería y al derroche...

Ya tenemos, estamos hasta cansados de tener diputados socialistas y radicales en el Congreso. ¿Y qué? ¿Y qué?... Que nos coman tan los mismos palotes, y que en cuanto a nuestro idealismo de la justicia, lo mismo que antes, debemos buscar de realizarlo nosotros. Esta vez se han lucido; palabra que se han lucido, los que fueron á votar como si hubieran ido á la Revolución.

¿Escarmentarán? ¿No escarmentarán? Veremos...

NUESTROS ACTOS

Funciones y conferencias

A beneficio de «La Protesta».

El sábado 5 de Octubre, á las 8.50 p. m., tendrá lugar una función, conferencia y baile familiar en el «Salón teatro Worwarts» Ricón 1141, organizada por el cuadro flodramático «Discípulos de Florencio Sánchez».

Programa: -- 1.º Hijos del Pueblo, por la orquesta.

2.º Fin de Fiesta.

3.º ¡Mi obra!

4.º Alma Mater.

5.º Conferencia por los compañeros Julio R. Barcos y R. González Pacheco sobre el tema *La Protesta*.

6.º Gran baile familiar á toda orquesta.

Entradas: para hombres \$ 1.00; asientos 0.30; mujeres y niños gratis. Por pedido de entradas á esta administración y en la agrupación «La Protesta».

Centro Estudios Sociales y Agrupación Dramática de Belgrano.

Este Centro de Estudios Sociales ha organizado una función, conferencia y baile para el sábado 2 de Septiembre, á las 8 p. m., en el «Teatro Belgrano» Cabildo 2356.

Programa: -- 1.º Hijos del Pueblo.

2.º El Pecado en la Miseria.

3.º Conferencia por Alberto Ghirardo y Julio R. Barcos.

4.º El Recibo Original.

5.º Baile familiar.

Entradas: \$ 1.50. Mujeres y niños gratis. Asientos sin excepción 0.50.

En Mar del Plata

El centro «Juventud Moderna» y la Federación Obrera de Mar del Plata, realizaron el domingo 23 del pasado una conferencia en la plaza Rocha por la tarde y función y conferencia en el teatro Colón por la noche. González Pacheco, llamado al efecto, tuvo á su cargo ambas conferencias.

A la plaza como al teatro concurrió numeroso público trabajador. Y el entusiasmo de siempre, el entusiasmo anarquista, puso su rúbrica varonil á la jornada.

Sólo á los que nos es dado mirar de cerca la joven alma del pueblo, podemos decir si hay fuerzas de convicciones en él. Y sólo viendo á esa gente, hermana nuestra, que ha sufrido dolores y reveses y derrotas, erguida sobre sus penas, cantando, puede creerse en la fuerza del Ideal. Ni un desmayo, ninguna desilusión y todas nuevas, flaman-

tes, como bruñidas las almas. Así es el pueblo y nosotros.

En Mar del Plata, un núcleo de esforzados compañeros trabaja en la gran obra de federar los obreros. Y la «Juventud Moderna» en un local apropiado, ha abierto á los estuudios una selecta y nutrida biblioteca. Y poco á poco, una y otra institución, cumple su labor de dar fuerza y de dar luz á los trabajadores.

Y en ese ambiente de fe, de ardor, de lucha y de deseos de hacer para el bien común lo que cada uno puede, la jornada del 23 del pasado marcó un jalón Adelante, compañeros!

Obras de Alberto Ghirardo

En venta:

«Triunfos Nuevos» (versos): un volumen de 208 páginas, \$ 1. «Gesta» (prosa): un volumen de 260 pág. (3.ª edición) \$ 1. «Alma Gaucha» (drama en 3 actos) 2.ª edición, \$ 0.50. «Alas» (comedia en 1 acto) \$ 0.50. «La Cruz», un volumen, (drama en 3 actos en colaboración con Florencio Fernández Gómez) \$ 1.

A publicarse:

«Crónicas Argentinas», tomo I. «Música Prohibida», un volumen, segunda edición. «Carne Doliente», un volumen, segunda edición. «La Tiranía del Frac...» (crónica de un preso), un volumen, segunda edición. «Los Nuevos Caminos», segunda edición.

Alberto Ghirardo

por JUAN MAS Y PL.

Un volumen.

Depósito de estas obras: Administración de IDEAS Y FIGURAS, Sarmiento 2021, Buenos Aires. Se atienden pedidos por correo, libres de porte. Descuento á los libreros y agentes de EL MANIFIESTO.

Hay que honrar al enemigo. Porque en él es que los fuertes prueban fuerza. Y contra él que uno descuelga de su panoplia guerrera, el mejor fierro. Las almas libres, aladas como las águilas, han menester de un obstáculo con altitud de montaña. Pues solo los que son duros como las piedras, merecen que les ataquen los anarquistas.

Hay que honrar al enemigo. Y ya que empuñamos plumas forjadas en un acero como de lanzas, gritémosle en fuertes frases estas ideas que nos duelen hasta en la carne... A ver si se siente digno de este flamear de cuchillos en su garganta. Y si, duro como piedra, nos obliga á descolgar, en su honor, el mejor fierro!

Nos sobra el cobre, la plata y hasta los florines de oro para hacer que el «oso baile».

Compañeros!

Precio de este periódico:

20 CENTAVOS

EN TODA LA REPUBLICA

TALL. GRAF. DAMIANO - CORRIENTES 629